

documentos

Biopolíticas de salud mental en los Centros de Integración Juvenil y creación del Sindicato Independiente de Trabajadores en Salud Mental (1974-1981)

Fernando García Masip
*Roberto Manero Brito**

Resumen

El artículo expone la experiencia de los Centros de Integración Juvenil durante la segunda mitad de la década de 1970. Hace referencia a otro artículo en los que se desarrollan más descriptivamente estos eventos. Se plantean algunos elementos analíticos que pueden dar luz para una elucidación de dicho proceso. La idea de una *biopolítica* ejercida por el *Estado-inconsciente-priista* mexicano, en la que la visibilización de la juventud como necesitada de cura ocultaba sus rasgos instituyentes, políticos y subversivos es enunciada en el artículo, como uno de los elementos que marcarían el desarrollo tanto del *frente psi* en México, como de las políticas de Estado frente a la juventud.

Palabras clave: institucionalización, Estado-inconsciente, salud mental, farmacodependencia, biopolítica.

Abstract

The article outlines the experience of the Youth Integration Centers during the second half of the 70s. Refers to another article that develops more descriptively these events. In this, it is intended to raise some analytical elements that can give light to an elucidation of the process. The idea of

* Profesores-investigadores, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

biopolitics exerted by the state-Unconscious-PRI Mexico, where the visibility of youth as in need of healing hid his instituting political and subversive traits is stated in the article, as one of the elements that mark the development both in Mexico psi front, as state policies against youth.

Key words: institutionalization, unconscious-State, mental health, drug dependence, biopolitics.

I

Estos apuntes son una recopilación –corregida, aumentada y organizada– de un conjunto de reflexiones escritas a partir de otro artículo mayor (2013) que contiene una larga serie de entrevistas con tres psicoanalistas de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo (AMPAG), quienes participaron activamente como directivos del diseño e implementación de los Centros de Integración Juvenil (CIJ) en la década de 1970: Mario Campuzano, Jorge Margolis y Fernando Valadez. Con ellos analizamos también una serie de documentos oficiales, y no “oficiales”, que ayudaron a situar los periplos de esa experiencia inédita en México. Es importante mencionar que los autores de estos apuntes participamos en la experiencia objeto de este artículo, tanto como estudiantes en prácticas de la licenciatura en psicología de la UAM-Xochimilco, como personal técnico voluntario e incluso contratados como personal técnico de base en la institución. La redacción final de aquel artículo fue hecha por los cinco autores implicados.

Estos apuntes son los restos, y los rastros, del análisis que no pudo ser incorporado en ese texto *princeps*, pues el carácter del mismo mantuvo un tono más descriptivo que analítico propiamente. Cuestión necesaria, pues era primordial reponer la historia de aquella experiencia llena de detalles institucionales y de vericuetos políticos. Por ello, en esta oportunidad queremos exponer esos análisis que aún consideramos parciales dada la dimensión del acontecimiento que enseguida se expone.

II

Los Centros de Integración Juvenil fueron fundados en 1969, y derivaron de un primer centro que se denominó “Centro de Trabajo Juvenil” (CTJ). Actualmente es una institución incorporada al sector de la salud, y que tiene como misión “proporcionar servicios de prevención y tratamiento para atender el consumo de drogas, basados en el conocimiento científico y formar recursos humanos especializados” (CIJ, 2013). La fundadora del primer CTJ fue María Eugenia “Kena” Moreno (editora de la revista femenina *Kena*), liderando a un grupo de la iniciativa privada, las “Damas publicistas de México”, y bajo la dirección técnico-administrativa del doctor Ernesto Lamoglia. Este centro trabajó con un esquema muy primario de farmacoterapia y de laborterapia o ergoterapia.¹ Llama poderosamente la atención el hecho de que la preocupación por ayudar a los drogadictos haya partido de la iniciativa privada y, en segundo lugar, que ese emprendimiento esté fechado justamente después de los acontecimientos trágicos del 68.

III

México atravesaba un dramático aumento en el consumo de drogas a partir de la década de 1960, promovido por los gobiernos mexicanos y sus instituciones militares, bajo la orientación del Departamento de Estado de los Estados Unidos y de las agencias de fomento regional estadounidenses.²

¹ “En 1969, en un contexto donde en las instituciones de salud mental predomina la práctica de la psiquiatría tradicional, esto es, asilar, biológica y de corte individualista, surge un proyecto particular de la iniciativa privada, el llamado Centro de Trabajo Juvenil, cuyos servicios se abocaron a la asistencia en problemas de farmacodependencia que, en aquel momento, se encontraban en rápido ascenso entre la población juvenil de la Ciudad de México y del país en general. A través de este Centro se establece una amalgama entre la ideología salvacionista de algunos impulsores y la de algunos representantes de la psiquiatría clásica, dándose un trabajo técnico centrado en lo curativo a través de la farmacoterapia y la terapia ocupacional. Se logra en esta época un primer aporte presupuestal de la federación de 100 mil pesos mensuales” (Trabajadores del Sitrasam-CIJ, 1980:1-2).

² Es cierto que algunas de las formas de la contracultura, especialmente el movimiento “hippie”, a partir de sus mitos de *retorno a la naturaleza*, habían experimentado y puesto

Nos detenemos en este punto porque consideramos que la estrategia no provenía simplemente de una camarilla de expertos trasnacionales que deciden, en un acto de conspiración social, promover el consumo de drogas en medio de una ola mundial creciente, de movimientos sociales particularmente estudiantiles. La cuestión, creemos, obedeció más al hecho de la implantación de una gubernamentalidad posrevolucionaria en México que estructurase institucionalmente a la sociedad mexicana rumbo a su modernización. Los antiguos combatientes revolucionarios, habiendo depuesto, en general, las armas, cedían sus vidas ahora a la gestión de un Estado moderno. Por lo mismo, al campesino pobre había que darle tierras, al obrero pobre había que darle empleos, al estudiante pobre había que darle escuelas y a los ciudadanos pobres había que darles centros de salud. Había que incluir la vida de los pobres en las políticas de Estado. El periodo para esa modernización se rigió sucintamente por el inicio explícito de la industrialización económica promovida por el gobierno de Alemán, y concluyó con las exposiciones internacionales del México moderno del gobierno de Díaz Ordaz: las Olimpiadas y el Mundial de futbol. Ahora sí los mexicanos tenían tierras, empleos, escuelas y hospitales —y Olimpiadas y futbol.

Pero también México tenía juventudes. Nuevas juventudes, hijas y nietas de los viejos revolucionarios de principios del siglo XX. En medio de la Guerra Fría, las juventudes iniciaban, pausada pero imperturbablemente, un ascenso político en la búsqueda de su empoderamiento. Esto quiere decir que, al contrario de querer coparticipar uniformemente de las instituciones vigentes, amplios

a la moda el consumo de diversas drogas (consumidas de manera más o menos abierta y promovida por varias agrupaciones musicales). Hacia mediados de la década de 1970, autoridades sanitarias y policiales de nuestro país y los Estados Unidos se reunían para pensar algunas soluciones al aumento brutal del consumo de las drogas entre la población juvenil. Allí se trabajó el problema del apoyo de algunas instancias gubernamentales para la promoción, tránsito y distribución de las drogas en México. En el famoso libro de Anabel Hernández, *Los señores del narco*, se encuentran datos interesantes sobre la cuestión (cfr. Hernández, 2010).

sectores juveniles se interesaban por la creación y la gestión de sus vidas conforme a otros proyectos políticos y culturales diversos. Inventan prácticas biopolíticas contraculturales y contrainstitucionales. En México, esto tiene varias líneas de fuga, o de constitución, que retomaremos más adelante.

IV

La gestión de la vida en los albores de la invención institucional de Occidente obedece, según Agamben,³ a un doble movimiento político. Por un lado, la exclusión social de la vida propiamente (la vida nuda, *zoé*) sin control y sin *parergon*, para promover su inclusión “posterior” como vida política (*bíos*). La vida tenía que tornarse en un “buen vivir” *junto con* los demás. Pero este doble movimiento se da al *mismo tiempo*. Por esto, la idea de “lo posterior” es imprecisa. En la medida en que se gesta la invención del Estado antiguo occidental, la vida como vida “en sí” no cobra significado si no es diagramada por las formas institucionales que le den algún sentido político asimilable. Una gestión de la vida nuda era impensable, y hoy todavía lo es. Esa lógica dicotómica es obra de la ingeniería social griega; sin embargo, tanto el Estado cristiano y pastoral como el Estado soberano y moderno la han incorporado alterándola en sus formas institucionales de gestión. De ahí, dice Agamben, que la vida nuda en colectivo sea concebida en el Estado moderno como una *vida en bando*,⁴ una vida al margen de las instituciones, o de lo instituido diríamos con más precisión, y por

³ “La pareja categorial fundamental de la política occidental no es la de amigo-enemigo, sino la de nuda vida-existencia política, *zoé-bíos*, exclusión-inclusión. Hay política porque el hombre es el ser vivo que, en el lenguaje, separa la propia nuda vida y la opone a sí mismo y, al mismo tiempo, se mantiene en relación con ella en una exclusión inclusiva” (Agamben, 2006:18).

⁴ En México es muy usual, tanto en el idioma español como en el propiamente mexicano, nombrar al bando como los bandidos, los chavos banda, la banda, los abandonados, etcétera. Es decir, como aquellos que juntan sus vidas de otras formas y por lo tanto pasibles de ser abandonados o... integrados.

lo tanto posible de ser *abandonada*. Abandonada pero combatida. La nuda vida en la soberanía moderna es la vida abandonada a la propia vida: sin tierras que labrar, sin máquinas que operar, sin estudios que realizar, sin medicina que ministrar. Y sin elecciones en las que votar. ¿Cómo reintegrar, o simplemente integrar, a la vida abandonada a su propia singularidad en la gestión biopolítica del Estado soberano? Creemos que esa era la pregunta de la década de 1960 en México. Esa era la pregunta del Estado-inconsciente mexicano.⁵

V

Si la apuesta de la modernización mexicana era la de re-corporativizar a todos los segmentos y clases sociales a las políticas del Estado autoritario, después de la confrontación liberal del siglo XIX al corporativismo eclesiástico, militar e indígena, ¿qué sucedió cuando las juventudes que, en su mayoría, vivían dentro del orden institucional, iniciaban acciones políticas ya con un pie afuera del sistema, cuestionándolo, organizándose en sindicatos, en movimientos sociales, en organizaciones guerrilleras, bajo modelos que confrontaban el corporativismo oficial? La respuesta, en nuestra hipótesis, fue: primero reprimirlos, después drogarlos y finalmente integrarlos a la *bíos* mexicana.

La búsqueda de la *drogadización* generalizada fue (aún lo es...) una parte de las equivalencias biopolíticas del Estado-inconsciente mexicano. Los CIJ funcionaron como uno de los elementos sociopolíticos para realizar una equivalencia fundamental, no solamente curar sino tornar visible al drogadicto. Pero esa visibilidad es engañosa, pues al mismo tiempo se invisibilizaba todo lo demás: su ciudadanía, su potencia vital, su poder político, su trama cultural e histórica. Los CIJ operaban

⁵ El Estado-inconsciente, planteamiento de Lourau que avanza en una doble dirección: por un lado, la crítica del concepto sociológico y/o jurídico del Estado, tanto como institución (Leviatán) o como gobierno, territorio y población; pero también noción que combate la despolitización del psiquismo: lo inconsciente es el Estado, el Estado es el inconsciente, cosa que no quiere inaugurar una nueva teoría psicológica, sino poner en cuestión las perspectivas objetivistas y objetivantes del Estado (cfr. Lourau, 1980).

para estigmatizar al drogadicto y al mismo tiempo borrarlo como agente social. Los psico-trabajadores de los Centros eran operadores involuntarios de este proceso, hasta que lo percibieron.

VI

Retomando el hilo histórico de la biopolítica de la famacodependencia en México, es en 1972, en una segunda etapa de su desarrollo institucional, que se crea el Centro Mexicano de Estudios en Farmacodependencia (Cemef). Esta organización era una institución federal descentralizada; poco tiempo después estableció un trabajo conjunto con los CIJ. El Centro de Trabajo Juvenil se reinstituye en 1973 en los Centros de Integración Juvenil. Ambas instituciones operan con una división clara de labores y de objetivos y que marcarían el sentido historial de cada una de ellas: el Cemef fue el centro coordinador de las relaciones en la superestructura política del Estado, al mismo tiempo que instituyó las actividades de investigación epidemiológica y biomédica, y a los CIJ les correspondió la parte operativa terapéutica en la relación directa con la población que demandaba los servicios de asistencia (Trabajadores del Sitrasam-CIJ, 1980:2).

En 1976, en una tercera etapa, los Centros de Integración Juvenil se separan del Cemef. La parte fundamental de su independencia se basa en un aporte aproximado de 50 millones de pesos anuales por parte del gobierno federal, cantidad que cubriría más del 90% de su presupuesto institucional, aunque conservando el membrete de asociación civil. Se inicia claramente la apropiación biopolítica de las prácticas terapéuticas por parte del Estado-corporación. Así, se conforma una situación en la cual, por encima del proyecto técnico-terapéutico de salud mental, que es el explícito, aparece otro proyecto, implícito, en algunos integrantes del Patronato Nacional (órgano de gobierno de los CIJ, y del cual Kena Moreno era su presidenta) que tienden a utilizar a los CIJ como plataforma para catapultar sus propios proyectos políticos personales. De esta forma, vemos el doble movimiento, que se tornará en poco tiempo en una encrucijada, de institucionalización del tratamiento de la farmacodependencia bajo la tutela de las equivalencias del Estado-

inconsciente, y de la politización corporativa extra-técnica de los CIJ. La unidad de estos dos movimientos podríamos denominarla de la delimitación del campo político de la gestión de la salud mental...

VII

Creemos que la estrategia biopolítica, en el caso del proyecto CIJ, no adviene solamente de la idea asistencialista basada en un humanismo salvacionista, y pastoral como diría también Foucault, sino de la necesidad de las clases hegemónicas de someter cuerpos y subjetividades emergentes a un diagrama de control político orientado por el Estado-inconsciente-corporativo mexicano.

A la politización corporativista de los CIJ se le va oponiendo la creación de otra politización, contestataria, del personal técnico, sobre todo en el nivel de lo operativo-terapéutico y no tanto en lo administrativo-organizacional que era más de corte tradicional. Esta otra politización, con marcado acento instituyente, comenzó a producir efectos sumatorios. La atención en salud mental no se reducía solamente a un trabajo de cura, sino principalmente al desarrollo de estrategias de prevención comunitaria que necesariamente conllevaban un elemento de concientización política. Lo comunal se iba politizando. Lo en común se iba tornando en lo común + 1, lo en común más sus suplementos políticos, lo en común más sus injertos culturales.⁶

⁶ “¿Por qué la falta necesita ser representada por un centro, o un significante faltante, el falo en Lacan, por ejemplo? ¿Qué sucedería si el falo realmente estuviese en falta? Derrida cree que: ‘Si el falo fuese por acaso divisible o reducido al estatuto de objeto parcial, toda la edificación se hundiría y eso es lo que hay que evitar a cualquier precio’ [...] De la misma manera pensamos que, para que la comunidad pueda existir en su deuda, pueda existir en su falta, también puede dejar de existir porque *su falta no le falta*. La falta es tan homogénea, tan indivisible que, faltando *realmente* como falta, partiría irremediamente el duro cemento de lo *en-común*. La *comunidad de la falta* es muy diferente a la *comunidad del +1* que proponemos. La ‘comunidad+1’, como signo conceptual, ya no es = al significante ‘comunidad’, por un lado; pero además, proponer prácticas comunitarias que acepten el ‘+1’, la suma del *otro*, significaría que se impulsaría la producción deseante de las singularidades sociales, políticas y culturales. La comunidad no estaría en obra para pagar el don deudor que la amarra a su falta. La comunidad estaría en situación de no poderse cerrar al otro. No podría ser

Son estas adiciones, que no adicciones, las que empezaron a incomodar al proyecto biopolítico del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Para ese proyecto, el joven y la juventud mexicanos estaban enfermos en principio, y había que ensayar tratarlos o por la represión o por su medicalización y psiquiatrización.

Pero, desde la Dirección colectiva de los CIJ,⁷ ocurre que se aplica un psicoanálisis que podríamos caracterizar como “político” y que trata de desmontar el proyecto asistencialista corporativo del Estado, buscando implementar un proyecto promocional de salud mental.

Lo que trató de hacer este proyecto de psicoanálisis politizado fue ir desmontando lo más posible el proyecto asistencialista originario por uno de corte promocional-preventivo. Aunque en el lenguaje técnico de los CIJ la radicalización politizante no fue tan profunda, pues conceptos como “salud mental”, “tratamiento”, etcétera, no pudieron ser reinventados conceptualmente; sin embargo, el alcance del proyecto instituyente de las prácticas técnicas fue inmensamente incómodo para el Estado mexicano. De ahí que la ruptura con el mismo se diera, entonces, por dos vías: en el terreno institucional se opera la separación entre lo terapéutico politizado de forma progresista y lo político corporativizado de forma conservadora; en el terreno del Estado se genera una ruptura y confrontación entre una *política de control* de la vida y una política

*propia*mente una comunidad sino que tendría que aceptar una potencial liminalidad de la ‘des-obra’” (García, 2011:56).

⁷ A partir de 1973, la dirección general de los CIJ recayó en el doctor Armando Marte Cantú. No fue casual. Guido Belsasso, analista de varios políticos y muy cercano a Ma. Eugenia Moreno, era psicoanalista y planteaba una línea de desarrollo diferente y en oposición a la línea dominante del doctor Ramón de la Fuente, verdadero cacique de la psiquiatría en México, con una orientación organicista. Belsasso, como director del Cemef, orientó a Moreno en la selección de la dirección. Marte Cantú se rodeó en la dirección de una serie de psicoanalistas, psicólogos y psiquiatras, que se habían distinguido en su participación en diversos movimientos sociales (en el 68 y en los movimientos médicos principalmente). Prácticamente desde el inicio de su gestión, incluyó un trabajo de *Psicología institucional* para el grupo directivo, que permitió que las decisiones de dirección fuesen más decisiones colegiadas que personales.

de la “cura”, es decir, de la búsqueda de implantación de una auténtica *política de la vida*, como propone Esposito.⁸

VIII

No hay que ilusionarse, los directivos, los psicoanalistas y los psiquiatras dinámicos de los CIJ de aquella época coparticiparon activamente, en sus principios, en la construcción de esa biopolítica de la salud mental ligada a la farmacodependencia. Sin embargo, su politización surgida de los movimientos políticos de los médicos y de los estudiantes de la década de 1960 hicieron que la propuesta institucional originaria fuese doblada sobre sí misma de una forma instituyente, y la biopolítica del Estado-inconsciente-priísta-empresarial se tornó en muchas de las prácticas de intervención terapéutica efectivamente, y *a contrario* de la biopolítica, en una política de la vida. Ahí donde había un farmacodependiente había una vida, no para salvar, sino para politizar; no para reempoderar normativamente al actor social, sino para *repotenciarlo* como agente social. Ese fue el peligro que el PRI-inconsciente empezó a detectar: los drogadictos podían tornarse en agentes de cambio social y no solamente en pacientes “curados” y buenos ciudadanos.⁹

⁸ “Pero acaso la dimensión a la vez más general y más intensa de esta deconstrucción constructiva incumba a ese paradigma inmunitario que constituye el modo peculiar en que hasta ahora se ha presentado la biopolítica. Todo el espectro de la filosofía política sufrió una profunda modificación. No hay otro caso en el que su semántica –la protección negativa de la vida– revele a tal punto una íntima relación con su opuesto comunitario. Si la *immunitas* no es siquiera pensable por fuera del *munus común* al que, no obstante, niega quizá, también la biopolítica, que hasta ahora conoció su pliegue, constrictivo, pueda invertir su signo negativo en una afirmación de sentido diferente” (Esposito, 2006:22).

⁹ “A pesar de todo, en los Centros se intensifican las actividades terapéuticas, disminuyendo la farmacoterapia y aumentando los tratamientos psicoterapéuticos. Se promueve el entrenamiento y la enseñanza en servicio de técnicas terapéuticas psicoanalíticas mediante mecanismos de capacitación continua y supervisión de la práctica por psicoterapeutas experimentados. Se impulsan las psicoterapias de tipo grupal y familiar, y se crea una comunidad terapéutica con servicios de hospital de día. Las actividades de prevención se consolidaron mediante la realización de proyectos de salud mental comunitaria en diversos ámbitos, especialmente en zonas marginales” (Trabajadores del Sitrasam-CIJ, 1980:2-3).

IX

En los CIJ de finales de la década de 1970 estaba sucediendo “algo” que en principio no debería estar pasando. La proximidad, no solamente íntima, sino sobre todo política entre Kena Moreno y el entonces presidente de la República, José López Portillo, promueve una estrategia fundamental: torna a los CIJ en un espacio de lanzamiento y de promoción de la candidatura de Kena Moreno a una diputación federal. El rompimiento interno se avecinaba. Al mismo tiempo en que las drogas eran liberadas clandestinamente en el “mercado”, se construía una organización para curar sus efectos en las poblaciones consumidoras, en general los jóvenes. El negocio no era propiamente mercantil, era eminentemente político. Trabajar en prevención en las comunidades era una de las formas en las que se comenzaba a diagramar el potencial para su biopolitización inconsciente y su utilización político-electoral. Por lo mismo, cuando los psico-trabajadores de los CIJ perciben el uso político de la institución para esto, se produce el conflicto y la confrontación, primero interna con Kena Moreno y su séquito, y después externa, con el gobierno federal. A los CIJ trataron de tornarlos en una agencia, no de modelos de revistas femeninas, sino impulsora de candidaturas priístas. Y en parte lo consiguieron.

X

La confrontación entre el grupo directivo y el Patronato fue inminente. En agosto de 1979 es obligado a renunciar el director de los CIJ, doctor Marte Cantú, y en seguida renuncian o son despedidos en los dos meses siguientes, los directores Jorge Margolis, Mario Campuzano, Fernando Valadez, Arturo Chevaili, Gerardo Pacheco, Ramón Clériga, Eduardo Cooley, el contador Enrique Vallarta, la trabajadora social Laura Mejía, la psicóloga Martha Morales, entre otros, y en torno de 50 psicólogos, psicoterapeutas y voluntarios sociales, etcétera. En octubre de ese mismo año se forma el Sindicato Independiente de Trabajadores en Salud Mental (Sitrasam), el primero de su género en México y en toda América Latina. El Comité Ejecutivo Sindical elegido en la Asamblea Constitutiva de 48 miembros fue el siguiente:

Secretario general: Eduardo Cooley Lugo; *secretario de Organización:* Mario Campuzano Montoya; *secretario de Trabajo y Conflictos:* Fernando Valadez Pérez; *secretario del Exterior:* Jorge Margolis Schweber; *secretario de Prensa:* Gerardo Pacheco Santos; *secretaria tesorera:* Laura Mejía Guzmán; *secretaria de Actas:* Martha Soledad Morales Soto.

La vida del Sitrasam duró 15 meses. La lucha del mismo se dio en varios frentes, destacando la divulgación pública de la problemática de los CIJ y de su corporativización definitiva como parte del Estado-PRI, por otro lado la divulgación de una concepción de trabajo en salud mental que nunca más se repitió en México hasta los días de hoy, al menos en una organización del tamaño de los CIJ (que llegó a contar con varias decenas de centros en toda la República Mexicana), y además las reivindicaciones sindicales del caso.¹⁰ Lo único que se atendió del pliego petitorio por parte del Patronato, en enero de 1981, fue el pago de los salarios caídos. Al poco tiempo el Sindicato se autodisolvió.

No queda claro por qué sucede esto. Lo que sí se puede recuperar de la memoria del movimiento son algunos elementos que produjeron efectos institucionales en la organización sindical. Primeramente, hay que consignar que poco a poco en el curso de esos meses se conformaron básicamente dos grupos políticos internos en el Sindicato: uno formado alrededor del secretario general, Eduardo Cooley, y el otro alrededor de Margolis, Campuzano y Valadez. En el primero participábamos también Roberto Manero Brito y Fernando García Masip, autores del presente texto. El primero en su carácter de ex-coordinador del Centro de enlace de Santa Fe, y el segundo, en su carácter de ex-voluntario del CIJ Lomas.

¹⁰ Algunas, y las principales, demandas hechas al patronato por el Sitrasam-CIJ el 14 de noviembre de 1979 en un mítin celebrado enfrente de las oficinas ejecutivas de los CIJ fueron: 1. Continuación de la línea psicodinámica y social de las tareas institucionales. 2. Continuación de los programas comunitarios. 3. Contrato colectivo de trabajo. 8. Reinstalación de los trabajadores despedidos. 11. Estabilidad en el trabajo, alto a los despidos y establecimiento de plazas de base. 12. Regularización de la situación laboral de los voluntarios (Sitrasam-CIJ, 1979:11).

La problemática que se presentó centralmente fue la lucha política, no tanto por los “cargos” en el aparato organizacional, que de por sí era bastante precario, sino por las concepciones en salud mental que ahora se desplazaban de los CIJ, en donde convivían sin mucho conflicto, al interior del Sitrasam. Por un lado, estaban los psicoanalistas (Margolis, Campuzano, Valadez *et al.*) ligados principalmente a la AMPAG, por el otro los psiquiatras dinámicos y psicólogos sociales de orientación socioanalítica ligados a la UAM-Xochimilco (Cooley, Rodríguez Ajenjo, Manero, García Masip *et al.*). La mayoría de los miembros del Sindicato seguía a los psicoanalistas.

La problemática, decíamos, giraba en torno de una crítica que se le hacía a los psicoanalistas, pues los mismos, continuaban con sus labores de consultorio en psicoterapias individuales y de grupo, en medio del proceso que estábamos trabando. Se percibía que la lucha no era enteramente de *trabajadores*. De hecho, todos teníamos otro “empleo” a esas alturas (Manero y García Masip éramos jóvenes docentes temporales en la UAM-Xochimilco, y los psiquiatras dinámicos seguían en sus consultorios también). Creemos que la categoría de *trabajador en salud mental* era ambigua en la práctica política concreta. Primeramente, trabajadores lo eran propiamente los contratados para la realización del trabajo técnico de los CIJ: psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales, sociólogos; sin embargo, el personal de apoyo de los Centros no participó en el Sindicato: secretarías, vigilantes, enfermeros, etcétera. ¿Eran trabajadores en salud mental? Por otro lado, el *voluntariado* no estaba contratado, sin embargo cuatro o cinco de nosotros nos involucramos directamente en todo el proceso político sin realmente ser trabajadores en salud mental de los CIJ. ¿O sí podíamos entrar en la categoría de trabajador aunque no estuviéramos regidos por un contrato laboral? Por otro lado, ¿los principales directores de los CIJ que renunciaron o fueron despedidos podían ser considerados estrictamente como trabajadores? Nosotros estamos seguros que ellos sí se consideraban trabajadores no importando el cargo que ocuparon. Pero en la dinámica del Sitrasam, el poder simbólico del ser psicoanalista y del haber sido directivo, creaba un caldo institucional bastante ambiguo en el que se les cuestionaba su afiliación como profesionales liberales y ex dirigentes de la organi-

zación, interesados en promover su imagen como luchadores sociales, y que sí lo habían sido y lo eran, y no tanto mirar hacia el desarrollo de una organización sindical con mayor perspectiva de lucha. La pregunta que planteamos, entonces, algunos de nosotros, fue: ¿por qué el Sitrasam no se tornaba en un sindicato nacional que incorporase a otros trabajadores en salud mental de otras instituciones del ramo?, ¿por qué se quedó ligado únicamente a su lucha particular contra los Centros de Integración Juvenil?

Parecería que si bien se había experimentado e implantado una concepción instituyente muy importante de salud mental relacionada con la farmacodependencia en una institución, por otro lado en la lucha política sindical se sentía la tendencia del estatus de los psicoanalistas como dominante. No sabemos si de los “psicoanalistas” únicamente, sino de un cierto “psicoanalismo” políticamente articulado (cfr. Castel, 1980). ¿Qué queremos decir con esto? Que en realidad una crítica más profunda y radical del mundo *psi*, o de la cultura *psi*, no se estaba efectuando. Por lo menos no desde el sindicato. La hipótesis que creemos se podría esbozar, es la de que el modelo biopolítico en salud mental producido por el Estado-inconsciente-mexicano, encontraba en el mundo *psi* a uno de sus potenciales aliados. Aunque creemos que lo era de forma indirecta, involuntaria y contradictoria. Paradójicamente, y al contrario de lo que se podría pensar, ese mismo mundo *psi* produjo una de las experiencias más innovadoras y creativas en el trabajo en salud mental en nuestro país.¹¹ Pero con límites. Los

¹¹ Entre las innovaciones producidas en el proceso de los CIJ están los gérmenes de las *Casas de medio camino*, que se constituyeron posteriormente como uno de los ejes de los replanteamientos de la psiquiatría oficial frente a las críticas de los movimientos en pro de los derechos humanos de los enfermos mentales, y que fueron la base del *Modelo Hidalgo*; también fue el primer lugar en el que se practicó una *comunidad terapéutica* en nuestro país, en la que por cierto participó Antonio Mendizábal y le sirvió como modelo para su comunidad *Menda*. Por último, y sin ser exhaustivos, están los avances que se realizaron en la cuestión de la *intervención comunitaria*, en la cual se rebasó con creces el único modelo existente entonces, el de *psicocomunidad* de José Cueli (quien fue analista de Armando Marte Cantú), y se hicieron algunos avances en el sentido de lo que posteriormente sería trabajado por las diferentes formas de etnografía.

límites fueron efectivamente políticos en la relación externa con el Estado, pero también internos: el mundo *psi* no pudo ir más allá de un mundo *psi* progresista, políticamente hablando. No pudo cuestionar y transformar el psicoanálisis que nos dominaba a casi todos los miembros de la organización.

XI

Un aspecto importante a destacar en relación con la experiencia de los CIJ y la biopolítica fue su impacto en la institución psicoanalítica, y la nueva gestión de las prioridades en salud mental. Podría hablarse que la institución psicoanalítica en nuestro país inauguró una nueva etapa a partir de esta experiencia. La presencia de lo político y de la política en el trabajo terapéutico sufrió modificaciones importantes. Podríamos decir que las gestiones de Cueli o Belsasso corresponden a una época que terminaba con las nuevas formas de pensar el psicoanálisis a partir de Valadez, de Campuzano, Margolis o Marte Cantú. Indudablemente el proyecto se alimentó de sus fuentes sudamericanas, principalmente argentinas, pero también es cierto que una concepción del trabajo político en salud mental separó a dichas generaciones. En términos generales y más o menos simplificados, podríamos decir que esta experiencia liberó el pensamiento psicoanalítico mexicano del imaginario político priísta, y abrió posibilidades de desarrollo de articulaciones hasta entonces inéditas en nuestro país, a pesar de la presencia de intelectuales de la talla de Erich Fromm. Freudomarxismos diversos, grupos operativos, socioanálisis, promoción de la salud mental comunitaria que desembocaba, *necesariamente*, en lo político, planteaban nuevos paradigmas a una práctica psicoanalítica que había abandonado el consultorio sin estar suficientemente armada. Las experiencias similares llevadas a cabo por colegas argentinos de la estatura de Marie Langer, Ignacio Maldonado, Armando Bauleo, Horacio Scornik, Estela Troya y un gran etcétera,¹² se constituyeron

¹² Casi todos estos asesores de los CIJ, firmaron una carta de protesta frente al “golpe de Estado” que clausuraba el proyecto iniciado en 1973.

como un soporte de gran valor para el desarrollo de las nuevas instituciones. Sin embargo, como se mencionó más arriba, más allá de la violencia institucional ejercida en el proceso de institucionalización, el trabajo de la institución estatal sobre estos eventos no se limitó a la represión y la reformulación de una política de salud mental en torno a la farmacodependencia (que se continúa hasta la fecha, y que ha sido fuertemente desarrollada en los establecimientos herederos de los CIJ-Cemef, como el Centro Mexicano de Estudios sobre Salud Mental –Cemesam–, transformado posteriormente en el Instituto Mexicano de Psiquiatría –IMP– y finalmente en Instituto Nacional de Psiquiatría “Ramón de la Fuente” –INP, ¡oh paradoja!– replanteando el trabajo sobre adicciones a partir de terapias cognitivo-conductuales). El imaginario estatal también impactó en la institución psicoanalítica. Cortes, rupturas, clivajes con un trasfondo de colocaciones políticas irreductibles pronto fueron sustituidas por los desplazamientos orientados por el *lacanismo*, que tuvo un fuerte efecto despolitizador. El psicoanálisis bien pronto renunciaría a los cuestionamientos producidos en este periodo contracultural, y se desarrollaría a partir de sus necesidades analíticas de las dimensiones de un inconsciente cada vez más desvinculadas de la acción política, y también cada vez más preocupado por la eficacia terapéutica de sus métodos, poco a poco menos practicables en el naciente entorno neoliberal. Este proceso de la *biopolítica* no pudo realizarse sino a través de un *lapsus*, un olvido: el contenido político de tal experiencia.

XII

En febrero de 1981 se obtuvo la única reivindicación del pliego petitorio del Sitrasam. Como lo señalamos, 100% de los salarios caídos fueron pagados a través de la justicia del trabajo. A tres voluntarios que estuvimos directa y sistemáticamente envueltos en el sindicato nos fue dado un monto económico proporcional, sin merecerlo realmente, pues no percibíamos salarios en los CIJ, pero de común acuerdo entre los demás miembros del sindicato. Y no era poco el monto, al menos para jóvenes de veintipocos años. El

analizador *dinero* hacía su aparición y con todo su poder hizo acallar nuestros devaneos políticos radicales. Al poco tiempo, las reuniones decayeron, el sindicato desfalleció, y el resto de la lucha terminó. Nos autodisolvimos. Y nos *desbandamos*.

Será solamente 32 años después que a iniciativa de Roberto Manero entrevistamos a Margolis, Campuzano y Valadez, para escribir los cinco juntos, en el texto referido anteriormente, esa historia de los CIJ. Y el proyecto es más amplio, pues existe mucha documentación aún sin haber sido trabajada, y esperamos recuperarla en un libro colectivo.¹³ El tiempo lo dirá.

¹³ Este libro colectivo es un proyecto que aún nos aglutina: el tiempo vivido adquiere dimensiones insospechadas. Algunos de nosotros con más de 70 años, otros en los 50. No es sólo recuerdo, es también recuento de una serie de prácticas que, a pesar de su dispersión, están subtendidas por las mismas líneas contradictorias que en su momento movieron a los sujetos, verdaderas *e-mociones* que siguen mostrando su creatividad. *¡Salud mental para el pueblo!* sigue siendo una consigna que, más allá de su propia retórica, es capaz de integrarse como un *imaginario constituyente*.

Bibliografía

- Agamben, G. (2006), *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* Valencia, Pre-textos, 1995.
- Castel, R. (1980), *El psicoanalismo, el orden psicoanalítico y el poder*, México, Siglo XXI Editores.
- Derrida, J. (1980), “Le facteur de la vérité”, *La carte postale*, París, Flammarion.
- Espósito, R. (2006), *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Argentina, Amorrortu, 2004.
- García Masip, F. (2011), “Comunidades aporéticas”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 34, México, UAM-Xochimilco.
- Hernández, A. (2010), *Los señores del narco*, México, Grijalbo.
- Lourau, R. (1980), *El Estado y el inconsciente*, España, Kairós.
- Manero, R., García F. *et al.* (2013), “Salud mental para el pueblo. El enfoque integral para la prevención y el tratamiento de las adicciones en los Centros de Integración Juvenil (1974-1979)”, en César Augusto Carrascoza Venegas (coord.), *Aspectos culturales, sociales y preventivos de las adicciones en México*, México, Conaculta, pp. 113-144.
- Sitrasam-CIJ (1979), *Boletín informativo*, núm. 2. México.
- Trabajadores del Sitrasam-CIJ (1980), “Sitrasam-CIJ, crónica de un proceso”, México (inédito).